

## ORACIÓN

Señor Jesús: escuchamos la historia de tu pasión hasta morir en la cruz.

Concédenos que nos sobrecoja:

- tu obediencia confiada a tu Padre hasta expirar tu aliento en la cruz;
- tu esperanza en tu Padre en el fracaso de tu vida y en tu hora más negra;
- la historia de tu amor a nosotros: desde Belén hasta el calvario.

Y que el recuerdo de tu dolor nos lleve a recordar y hacer nuestro el dolor de los que sufren cerca de nosotros, y de los maltratados de la tierra.

## TEXTO

### MARCOS 15,33-47

«<sup>33</sup>Y, llegada la hora sexta, se hizo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. <sup>34</sup>Y en la hora nona gritó **Jesús** con gran voz: “*Eloî, Eloî, lêma sabachthanî*”, que se traduce: “**Dios mío, Dios mío**, ¿por qué me has abandonado?”.

<sup>35</sup>Y **algunos de los presentes**, oyéndolo, decían: “Mirad, llama a *Elías*”.

<sup>36</sup>Pero, corriendo **uno**, empapando una esponja de vinagre, poniéndola en una caña, se la daba diciendo: “Dejadme. Veamos si viene *Elías* para bajarlo”.

<sup>37</sup>Pero **Jesús**, dando una gran voz, expiró.

<sup>38</sup>Y el velo del Templo fue rasgado en dos de arriba abajo.

<sup>39</sup>Pero viendo **el centurión** que estaba frente a él que había expirado de esa manera, dijo: “Verdaderamente este hombre era **hijo de Dios**”.

<sup>40</sup>Pero estaban también **mujeres** mirando desde lejos, y entre ellas **María Magdalena** y **María**, la madre de Santiago el Menor y de Joseto, y **Salomé** <sup>41</sup>que, cuando estaba en Galilea, lo seguían y servían, y **muchas otras** que habían subido con él a Jerusalén.

<sup>42</sup>Y, llegada ya la tarde, ya que era el día de la preparación (es decir, el día antes del sábado), <sup>43</sup>viniendo **José de Arimatea**, miembro destacado del Consejo, que estaba también esperando **el reino de Dios**, armándose de valor, entró donde **Pilato** y solicitó el cuerpo de **Jesús**.

<sup>44</sup>Pero **Pilato** se admiró de que estuviera ya muerto y, llamando al **centurión**, le preguntó si había muerto ya.

<sup>45</sup>Y, tras saberlo por **el centurión**, concedió el cadáver a **José**.

<sup>46</sup>Y, tras comprar un paño de lino, bajándolo, lo envolvió en el paño y lo depositó en un *sepulcro* que había sido tallado en la roca, e hizo rodar una piedra sobre la puerta del *sepulcro*. <sup>47</sup>Pero **María Magdalena** y **María de Joseto** contemplaban donde había sido puesto».

## COMENTARIO

### PRIMERA UNIDAD (15,33-41)

- El relato marcano de las últimas horas de Jesús alterna las descripciones de maravillas cósmicas y terrenales (15,33.38), de su gran voz a la hora de morir y el fallecimiento de Jesús (15,34.37) con las reacciones de los presentes en su agonía y muerte (15,35-36.39-41). Antes de la muerte de Jesús, las burlas dominan las reacciones; después, la compasión y el temor.

El pasaje se divide en dos partes principales: los acontecimientos que conducen hasta la muerte de Jesús incluida (15,33-37), y los eventos inmediatamente después de ella (15,38-41). Cada una de estas secciones puede subdividirse a su vez: la primera consistiría en el grito de abandono (15,33-34) y la poca comprensión de los

presentes más la muerte de Jesús (15,35-37); la segunda, en la reacción del centurión (15,38-39) y las mujeres que observan desde lejos (15,40-41).

- 15,33-34: El grito de abandono. La subsección que concluirá con la muerte de Jesús comienza de manera bastante apropiada con la oscuridad que se cierne sobre el mundo entero. Esta oscuridad es un rasgo simbólico con varias dimensiones. Puede ser un signo de la estatura espiritual de Jesús: los eclipses y otros insólitos acontecimientos astronómicos se relacionaban a menudo con la muerte de gente importante, como Julio César. Podían ser también un signo de que Dios o la naturaleza se afligían por el difunto, o que este era en realidad divino o estaba en proceso de convertirse en tal. La oscuridad sobrenatural, por tanto, puede ser uno de los motivos por los que el centurión aclama a Jesús como hijo de Dios.

Más importante es que *la oscuridad sugiere que la muerte de Jesús es un momento decisivo en la historia de la salvación*. Esta interpretación está en la línea de concepciones que son tanto paganas como judías. En contextos judíos y cristianos tales concepciones se convierten a menudo en otras de *carácter escatológico*. Antes, en el evangelio de Marcos, por ejemplo, se dice que el oscurecimiento del sol era parte de los infortunios escatológicos (13,24). Esta interpretación escatológica de la oscuridad en Mc 15,33 se apoya en la observación de que el versículo parece ser un eco de Amós 8,9-10. Este pasaje de Amós describe el día del juicio final. En este pasaje el sol se oscurece al mediodía, que en el modo de contar romano sería la hora sexta, al igual que en Mc 15,33. En el profeta Amós, además, esta oscuridad ocurre en medio de una festividad (la Pascua en Marcos). Estos ecos intertextuales sugieren que aunque Jesús pueda sentirse abandonado por Dios, no por eso deja de ser el vástago querido de un padre amante, y su muerte inocente tiene un objetivo salvífico que se desarrolla en el drama de la redención.

Tras describir las circunstancias del grito angustiado de Jesús en 15,33-34a (oscuridad mundial, la hora nona, voz fuerte), Marcos se dispone a citar sus palabras en 15,34b. Son estas una cita del versículo que abre el Salmo 22, que Marcos ofrece en arameo, y que luego traduce al griego. Anteriormente se ha aludido a este salmo en los relatos del reparto de las vestiduras de Jesús (15,24; cf. Sal 22,18) y de las burlas al crucificado (15,29-32; cf. Sal 22,64). El Salmo 22 concluye triunfalmente con la proclamación del reinado de Dios hasta los confines de la tierra (22,27-28), por lo que unos procuran atemperar la dificultad de nuestro versículo postulando que cuando Jesús citó el primer versículo, tenía en mente el final triunfante. Pero aunque parece probable que el final del salmo estuviera en la mente de Marcos cuando continuaba con su historia, este final victorioso no debe anular su angustiado principio en la exégesis del grito de abandono por parte de Jesús. Jesús no cita el final del Salmo 22, pero su atormentado principio corresponde perfectamente a la situación de tormento en la que se encuentra un crucificado. En el caso de Jesús es una situación de *verdadero abandono*. Antes, en el relato de la pasión, Jesús ha sido abandonado por sus compañeros más íntimos (14,50-52), y en la escena de crucifixión hasta los criminales condenados con él le han privado de toda compasión (15,29-32). Ahora, en un momento tan trascendental, parece haber sido abandonado también por Dios.

Aunque algunos cristianos se han preocupado por este grito de abandono, otros lo han visto como una muestra de la *identificación de Jesús con la humanidad*, y como una fuente de consuelo y fortaleza. En el punto más bajo de su existencia, Jesús experimenta la misma sensación de abandono divino que caracteriza tan a menudo nuestras vidas; como afirma Agustín, Jesús «empleó el discurso de nuestra debilidad». Paradójicamente, el grito de abandono se convierte en una buena noticia: al identificarse con la pérdida humana, el Hijo de Dios señala la vía de salida (cf. 2Cor 5,21). Jesús entra en la oscuridad de la edad antigua para que la humanidad pueda vivir en la luz de la nueva; Jesús da su vida como «rescate por muchos» (10,45). Con su grito y con su muerte Jesús alcanza el objetivo de su misión: la *identificación completa* con la condición servil y maldita de la humanidad, a la que corresponde una forma de muerte, la «muerte en cruz» (cf. Flp 2,7-8). El grito de abandono, pues, es la extraña contrapartida marcana al grito de triunfo joánico: «Todo se ha cumplido» (Jn 19,30), se ha alcanzado el objetivo, la humanidad ha sido redimida y Jesús, por tanto, puede morir.

- 15,35-37: Malentendidos y muerte. Sin embargo, antes de que esta muerte pueda ocurrir, sucede un último caso de incompreensión humana. Al escuchar a Jesús invocando a Dios, algunos de los presentes piensan que se dirige

a Elías, de quien probablemente se esperaba que había de preceder al mesías y era considerado una especie de *santa Bárbara*, a quien la gente piadosa invoca en momentos duros. Quizás por los dos motivos, el grito de Jesús suscita la expectativa de que Elías pueda salvarlo de la cruz (15,35-36). El lector, sin embargo, sabe que Elías ha venido ya, en la persona de Juan el Bautista, pero en vez de salvar a Jesús de la cruz, lo ha precedido en el camino del sufrimiento y la muerte, por el que Jesús debe ahora transitar hasta el fin.

Sin saber nada de esto, uno de los presentes empapa rápidamente una esponja de vinagre y trata de dársela a Jesús para que beba, fijándola a una caña y levantándola hasta sus labios (15,36a). Entonces explica o excusa su acción con las palabras siguientes: «Dejadme. Veamos si viene Elías para bajarlo» (15,36b). Sin embargo, este acto aparentemente compasivo parece estar motivado por el escarnio; ese individuo no cree realmente que Elías venga a rescatar a Jesús, sino que desea prolongar su agonía. Su exhortación, que comienza con las palabras *Dejadme. Veamos* es otra ilustración del tema marcano del «mirar sin ver» (cf. 4,12; 8,18), personificada hace un momento por las burlas de los sumos sacerdotes y los escribas (15,32). Pero, es también un caso en el que un personaje del relato de la pasión dice y hace más de lo que en realidad sabe, ya que el ofrecimiento del vinagre evoca inconscientemente otro salmo del justo sufriente (Sal 69,20-23). Como el que habla en el Salmo 69, Jesús recibe los insultos de quienes están a su alrededor; está inmerso en la desesperación, o al menos cerca de ella; no encuentra a nadie que lo consuele; y le dan vinagre para beber. El salmista, además, pide que los ojos de los burlones se oscurezcan, de modo que no puedan ver; en el relato marcano, los burladores hablan de «ver», pero están ciegos realmente.

El mundo, pues, se ha torcido tanto y la gente está tan ciega, que lo que en un principio parece un acto de socorro resulta estar motivado por el escarnio. Ya es tarde para los actos de bondad, incluso los burlones; el grito de abandono por parte de Jesús es su grito de muerte y, tras emitirlo, deja escapar su espíritu. El modo como lo hace es insólito, pues un crucificado suele perecer por asfixia, y en principio no habría tenido aliento suficiente como para expirar con un grito; esta expulsión poderosa de su aliento es la que hace que la cortina del Templo se rasgue en dos. En esta línea, algunos autores consideran que el último grito de Jesús es un grito de victoria divina. Pero el relato precedente apunta en dirección opuesta: Jesús muere desamparado, ridiculizado por sus enemigos y abandonado por sus amigos, y su último grito, que puede ser motivado por el Demonio, expresa la distancia de Dios tal como él la percibe.

- 15,38-39: Ahora bien, este grito y esta muerte en el desamparo no son la última palabra de la narración; el resto de la perícopa está ocupada por las reacciones sobrenaturales (15,38) y humanas (15,39-40) a la muerte de Jesús, que transforman el triste paisaje en una *escena de revelación*. El primer acto es la rotura de la cortina del Templo (15,38), un rasgón que va de arriba abajo: viene, pues, «de arriba», es decir, de Dios (cf. Jn 3,3.7.31; 19,11). Pero ¿qué significa esta acción divina?

Aquí, de nuevo, como en la oscuridad al mediodía, la imagen contiene probablemente varias dimensiones. Considerando su violenta destructividad, un aspecto del rasgón es *el juicio divino*: anticipa la demolición del Templo por los romanos aproximadamente cuarenta años después de la muerte de Jesús. El acontecimiento puede ser también *acto de tristeza divina*, como se ilustra por las tradiciones rabínicas que hablan de que Dios rasga sus ropas de púrpura por la tristeza ante el saqueo de Jerusalén. Pero también puede interpretarse en sentido positivo: el velo se rasga, la gloria de Dios oculta tras él comienza a irradiarse hacia fuera, hacia el mundo y, como reflejo inicial de esta revelación, un ser humano, un gentil por demás, proclama la filiación divina de Jesús por vez primera en el evangelio. Esta interpretación revelatoria de la rotura de la cortina de Templo también está de acuerdo con otro empleo marcano del verbo «rasgar», que aparece en *el bautismo de Jesús*, donde los cielos se rasgan, el Espíritu desciende sobre Jesús como una paloma, y una voz divina declara que él es el Hijo de Dios (1,10-11). Por tanto, como en Ap 21,22-27, el resplandor de Dios, que anteriormente estaba limitado a la envoltura protectora del interior del Templo, surge como manifestación pública en el amanecer de la nueva edad, de modo que no solo los judíos sino también las naciones, personificadas en el centurión pagano, puedan caminar en su luz. Mientras que otros testigos de la muerte de Jesús han mirado y mirado sin ver, el misterio del reino de Dios se otorga ahora al centurión; sólo él ve *alethôs* («verdaderamente»). La aclamación de Jesús por el centurión desafía así a aquellos para quienes la vista de un prisionero clavado, degradado y

agonizando supone una burla de la noción misma de soberanía, con la cual el término «hijo de Dios» estaba íntimamente relacionada. El poder real revelado en la cruz es así lo contrario de la coerción imperial, que vence a la humanidad por la fuerza, y de su reacción igual pero contraria, la violencia revolucionaria.

La revelación que tiene lugar con la muerte de Jesús vence también el dualismo que atraviesa todo el evangelio: el enfrentamiento entre Dios y la humanidad, pues esta última estaba bajo el poder de Satanás (cf. 7,7-8; 8,33). Mas ahora, por la muerte de Jesús en la cruz, que actúa como un exorcismo, se produce una bendita paradoja, gracias a ella surge el resplandor de la nueva edad desde las profundidades de la debilidad y el dolor, y un hombre sufriente se revela como el Hijo de Dios. Al penetrar en el sentido de esta paradoja cristológica, el centurión, un ser ajeno a la «ciudadanía de Israel», «ajeno a las alianzas de la promesa» (Ef 2,12), un pagano de una tierra distante, se hace el primer ser humano del evangelio que capta la altura y la profundidad de la identidad de Jesús. Así, inconscientemente, cumple el final triunfante del salmo cuyas ardientes palabras han ido marcando la escena de la muerte de Jesús en el evangelio: «Todos los confines de la tierra recordarán y se volverán al Señor; y todas las familias de las naciones lo adorarán. Pues el reinado pertenece al Señor, y reina sobre las naciones» (Sal 22,27-28).

- 15,40-41: Después de la confesión del centurión, el foco cambia a otros testigos de la muerte de Jesús, un grupo de reverentes mujeres (15,40-41). Aunque sean seguidoras de Jesús, como sus acciones siguientes confirman (15,42-47; 16,1-8), su mención como gentes que observan «desde lejos» introduce una *nota de reserva*, ya que las retrata como incapaces o poco dispuestas a correr en ayuda de Jesús en sus horas de angustia, quizás por el miedo de verse relacionadas con un criminal condenado. La mención de las mujeres que observan desde lejos prepara así el terreno para el final del evangelio, en el que huirán llenas de terror del lugar de la resurrección de Jesús (16,8). Este hecho evoca también un salmo del justo sufriente (Sal 38, 10-11).

Pero la pintura de las mujeres no es negativa en principio. Estas mismas figuras reaparecerán en los dos pasajes restantes del evangelio, donde darán testimonio no solo de la sepultura de Jesús (15,42-47), sino también de la tumba vacía, que proclamará su resurrección (16,1-8). Son, pues, testigos oculares de la tríada kerigmática: Jesús murió, fue enterrado, resucitó (cf. 1Cor 15,3-5). Marcos cataloga cuidadosamente sus nombres y procede a ofrecer una amplia visión retrospectiva sobre la experiencia anterior de estas mujeres con Jesús: habían seguido a Jesús cuando estaba en Galilea (15,41a), lo habían servido allí (15,41b), y habían subido con él a Jerusalén (15,41c). Estos detalles *son paralelos* a las menciones de los discípulos varones: ambos grupos siguen a Jesús (cf. 1,16-20; 6,1; 10,28.32), ambos están relacionados con su ministerio en Galilea (cf. 1,16.28-29; 9,30; 14,28; 16,7), y ambos suben con él a Jerusalén (cf. 10,32-33). Pero a diferencia de los hombres, que escaparon cuando Jesús fue detenido (14,50-52), y como la mujer anónima que había ungido a Jesús en 14,1-9, estas mujeres aparecen vinculadas con el último acto de servicio de Jesús, su muerte (cf. 10,45). Inesperadamente, sin embargo, no serán estas mujeres, cuyo continua vinculación a Jesús acaba de destacar el evangelista, sino un miembro de la élite judía, que hasta ahora había sido abrumadoramente hostil, el que en el siguiente pasaje del evangelio asumirá la caritativa tarea de sepultarlo.

## SEGUNDA UNIDAD (15,42-47)

- En los últimos capítulos Jesús ha pasado de *un movimiento casi constante* -que lo ha caracterizado a través de la mayor parte de su ministerio- al movimiento restringido de un preso, a la inmovilidad paralizante de un crucificado y finalmente a la inercia absoluta de la muerte. Otros personajes, por tanto, deben convertirse ahora en los sujetos de la acción. La figura dominante es aquí José de Arimatea, presentado de repente en 15,42-43; el pasaje está completamente tomado por sus enérgicas acciones y las reacciones del pueblo hacia ellas. Pero dos de las tres mujeres que habían sido mencionadas al final del pasaje anterior reaparecen al final de este, y desempeñan aquí la función de *testigos para confirmar* lo que los varones han dicho y han hecho. La primera sección del pasaje (15,42-45) concierne a la petición de José a Pilato del cuerpo de Jesús, la sección segunda, más breve (15,46-47), se refiere a la sepultura de Jesús por José.

➤ 15,42-45: Con la muerte de Jesús a las tres de la tarde, según el cómputo marcano (cf. 15,34), se presenta en el relato la presión del tiempo: si Jesús debe ser enterrado antes de que comience el sábado, en el que está prohibido trabajar, hay que hacerlo antes del ocaso. Esta tarea cae sobre un personaje presentado bruscamente, llamado José. El único trasfondo que se nos da sobre esta figura es el nombre de su ciudad natal (Arimatea), que es miembro destacado del Consejo y que estaba esperando el reinado de Dios. ¿Qué significan exactamente estas frases? A diferencia de Mateo (27,57) y de Juan (19,38), Marcos no dice que José es un discípulo de Jesús, e incluso puede no haber sido ni siquiera un simpatizante; José está retratado como miembro del Sanedrín, el cuerpo judicial que había condenado a Jesús por una acusación capital, y Marcos, a diferencia de Lc 23,51, no menciona ninguna frase excluyente en el caso de José, acentuando en pasajes anteriores que «el Sanedrín entero» colaboró en la condenación (cf. 14,55; 15,1). Esta *teoría de la hostilidad de José* se apoya en Hch 13,27-29, que parece suponer que Jesús fue enterrado por sus enemigos. Por tanto, las acciones de José no habrían sido inspiradas por un compromiso hacia Jesús, sino por un deseo de evitar la vergüenza de que un connacional judío, aunque fuera pecador, permaneciera en la cruz durante todo el sábado (cf. Dt 21,22-23). En línea con su interpretación negativa de la motivación de José, Brown caracteriza la sepultura de Jesús como deshonorosa. Un entierro de esta naturaleza era frecuente para personas condenadas por tribunales judíos o ejecutados por los romanos. La tesis de una sepultura deshonorosa se apoya además en que el relato marcano omite dos rasgos indispensables del entierro honorable, a saber, los ritos del luto y la colocación en un sepulcro familiar, y en que el evangelio presenta solo una mínima preparación del cuerpo del difunto.

Pero los datos pueden ser también interpretados como indicación de que José respetaba a Jesús. Los romanos permitían a veces el entierro honorable de los que habían sido ejecutados, incluso de los crucificados, como se demuestra por los testimonios literarios y por los restos arqueológicos del crucificado de Giv'at ha-Mivtar, enterrado en una tumba familiar. La proximidad del sábado en vez de un deseo de deshonar a Jesús puede explicar la naturaleza abreviada de los ritos sepulcrales por parte de José. La falta de enterramiento de Jesús en una tumba familiar no indica necesariamente una sepultura deshonorosa; Jesús no era natural de Jerusalén, sino del lejano Nazaret, y los que morían lejos de la casa familiar eran generalmente enterrados donde habían fallecido. Y no es nada claro que recibir sepultura en una tumba, como había ocurrido con Jesús, fuera alguna vez deshonoroso; los casos bíblicos que conocemos, parecen implicar más bien que se arrojaba el cadáver al suelo o se introducía en la tierra y se cubría con basura o piedras. Parece improbable, por tanto, que la sepultura de Jesús fuera vergonzosa; y aumenta la posibilidad de que el hombre responsable de ello fuera un simpatizante, aunque fuera incluso miembro de un cuerpo judicial que había sido abrumadoramente hostil a Jesús. La buena voluntad de José de correr riesgos por enterrar a Jesús (cf. «Armándose de valor») es más plausible en el caso de un partidario, y el hecho de que enterrara a Jesús en un sepulcro costoso, de piedra, individual, en vez de en una tumba común para criminales ejecutados sugiere que no lo consideraba un infractor. Además, el acto caritativo de José de dar sepultura a Jesús no incluyó a los tres judíos crucificados, sino solo a Jesús, y probablemente indica una solicitud especial por Jesús.

Fuera o no realmente el José de Arimatea histórico un simpatizante de Jesús, es prácticamente seguro, sin embargo, que Marcos lo presenta como tal («Estaba esperando el reino de Dios»). Es posible que José no fuera un discípulo en pleno sentido, pero era algo más que un judío piadoso. Por su buena voluntad de asumir un riesgo en relación con Jesús ejecutado, se sitúa dentro de las promesas de 8,34-9,1 y 10,23-31, que vinculan el riesgo y la pérdida a causa de Jesús con la entrada en el reino de Dios.

Armándose de valor y solicitando audazmente el cuerpo de Jesús ante Pilato (15,43c), José demuestra su lealtad incipiente a Jesús. Tal petición requería audacia, ya que Jesús había sido crucificado como enemigo del Estado, y cualquier acto caritativo hacia él podría identificar al benefactor como miembro de un grupo subversivo. El Pilato marcano, sin embargo, instruido quizás por sus propios sentimientos positivos hacia Jesús, no lo toma con resentimiento, sino que expresa su asombro de que Jesús haya muerto ya (15,44a). El verbo utilizado aquí es el mismo que fue empleado en 15,5 para manifestar el temor de Pilato ante el rechazo de Jesús a contestar. Por tanto, la imagen completa del gobernador romano en el evangelio queda enmarcada por su asombro ante Jesús, por lo que cumple la profecía de Is 52,15 versión griega: «Asombrará a muchas naciones y los reyes cerrarán sus bocas ante él».

La causa concreta de la admiración de Pilato en este caso es que Jesús hubiera muerto tan rápidamente, una noticia que Mateo (27,58) y Lucas (23,52) omiten. Después de la confirmación de la muerte de Jesús, el centurión, que había desempeñado un papel tan importante en el pasaje anterior, desaparece silenciosamente en el trasfondo. Pilato por su parte, tras recibir el testimonio del centurión, concede el cuerpo de Jesús a José (15,45) y abandona silenciosamente también el relato.

- 15,46-47: El cuerpo de Jesús debe ser depositado en un sepulcro, y esta acción se describe concisamente en 15,46. José solicitó *el cuerpo* de Jesús, y Pilato le concedió *el cadáver*, pero ahora José *lo* baja, *lo* envuelve en un sudario y *lo* coloca en la tumba (los tres *lo* son en griego pronombre personal *masculino*, pero *cadáver* es *neutro*). Es posible que este cambio refleje una importancia más profunda: mientras José y Pilato consideran que Jesús ha sido reducido al estado de cadáver, el narrador lo ve aún como ser animado, en línea con el pensamiento común del AT «se reunió con su pueblo / con sus padres» (Gn 25,8.17; 49,29; Jue 2,10, etc.). Por tanto, el pronombre personal masculino repetido tres veces puede presagiar la resurrección de Jesús.

Marcos describe lo que podríamos denominar una sepultura «básica»: José compra un paño de lino que sirva de envoltorio, baja el cuerpo de Jesús de la cruz, lo envuelve en el paño y lo coloca en el sepulcro que cree que será su lugar de reposo final (15,46a). Los ritos acostumbrados de preparación del cadáver, lavado y unción con perfumes (cf. Hch 9,37), no se mencionan (contrástese con Jn 19,39-40), por lo que algunos han considerado esta omisión como un signo de la falta de respeto hacia Jesús por parte de José. Sin embargo, la necesidad de haber enterrado a Jesús antes del ocaso pudo haber impedido las exequias habituales. Por tanto y sencillamente, no hubo tiempo el viernes por la tarde para un lavado y unción apropiados del cuerpo de Jesús. En la historia marcana, sin embargo, este déficit se compensa de dos modos. Primero, el cuerpo de Jesús ha sido ya ungido por una mujer en Betania, que había vertido un unguento precioso sobre su cabeza dos días antes de su muerte (cf. 14,8). Segundo, las mujeres que son testigos de las acciones de José intentarán compensar su omisión yendo al sepulcro para ungir el cadáver de Jesús cuando se termine el sábado, dos días después de su muerte (16,1).

Después de la concisa descripción de la preparación del cuerpo, la tumba en sí concentra la atención: Marcos nos informa de que había sido «tallada en la roca» (15,46b). Esta era la forma normal de la construcción de tumbas en la primitiva Palestina romana; las tumbas se tallaban en la blanda base de roca calcárea tan común en la zona. El enterramiento de Jesús en la tumba de un extraño es en parte resultado del hecho de que muere lejos de su casa familiar, pero también acentúa el aislamiento que lo ha caracterizado a lo largo de todo el relato marciano de la Pasión.

Debemos imaginarnos, pues, que José coloca el cuerpo de Jesús, envuelto en un sudario, dentro de un nicho funerario, y que luego hace rodar una piedra sobre la apertura de la tumba para sellarla (15,46c). El cuerpo de Jesús está encerrado triplemente, y al parecer de un modo seguro, por su sudario, el *loculus* y la tumba, ocluida por una piedra. Y la descripción de las acciones de José tiene un aire de final del personaje. Pero la conclusión del pasaje con la noticia de las dos Marías que ven donde ha sido depositado Jesús (15,47) insinúa que hay algo más que va a venir y mira hacia el pasaje final del evangelio. En tal pasaje, estas mismas mujeres volverán a la tumba el domingo por la mañana para completar la preparación del cadáver que José ha dejado inacabada, pero serán incapaces de hacerlo. En el camino, las mujeres se preocuparán de cómo entrarán en el sepulcro sellado, pero esto no será problema alguno. Y no será tampoco la última sorpresa que les espera en el sepulcro de Jesús.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza?